

Ambroa, o el recuerdo de Lámbrica

Por ANTONIO RÍO LÓPEZ

Para el entusiasta y ávido investigador del pasado histórico de nuestra entrañable Galicia, caminar hoy por tierras de Ambroa es rememorar casi fantasiosamente los avatares históricos de sucesivas culturas céltico-romanas, tratando, a la vez, de desenmascarar ciertas posibles dudas acerca de si la reiteradamente nombrada «Lámbrica» tuvo o no su efímero emplazamiento en estas tierras ambrosas.

Tal vez no vayamos a descubrir ahora nada que ya doctos investigadores no hayan hecho; pero sí concretar, asomar a la sapiencia popular casi siempre interesada por estos temas y lo que juzgamos más importante, actualizar unos conceptos del mejor modo posible con el ánimo de interesar a los ciudadanos de nuestra azarosa sociedad en la conservación de estos legados históricos que en ocasiones tan maltrechos llegan a nuestras manos.

Partamos del supuesto de que la antigua ciudad de «Lámbrica» estuvo ahí, más o menos próxima al curso del río Lambre y, como no, en el codiciado valle de Ambroa, donde aun hoy algún lugar de la parroquia lleva ese topónimo: Lambre. Lo que, sin embargo, parece más aventurado definir es si aquella ciudad populosa en remotos tiempos era fundación sueva, fenicia, celta o aunque, menos probable, romana. Sin embargo, vestigios celtas y romanos sí quedan. De ahí que tratemos de centrar el trabajo en torno a un núcleo de interés —los castros celtas de Ambroa—, concretamente dos muy próximos entre sí, conocidos como castro de «Casal do Mouro» y simplemente «O Castro»; éste a muy corta distancia del lugar de la Graña donde está la iglesia parroquial. Y nos centramos en ellos por ser unos de los numerosos enclaves castreños que aun no han tenido un estudio como se merecen. Luego y en torno a ellos, reseñaremos, aunque sólo sea de pasada, otros detalles de interés histórico o etnográfico que han empleado ya tintas, pero que en muchos casos ni siquiera son conocidos por los actuales habitantes de Ambroa, cuando éstos debieran ser los más directos destinatarios de su herencia histórica.

Partamos, pues, de una descripción geográfica de la zona que nos ocupa. San Tirso de Ambroa, parroquia del municipio de Irixoa, en el partido judicial de Betanzos, provincia de La Coruña, que por su posición extrema confina con tierras de los municipios de Paderne y Villarmayor; cuenta con una población de 532 habitantes aproximadamente distribuidos entre las entidades de Airoa, Cal de San Mamed, Casal do Mouro, Cendá, Corredoiras, Chaos, Edreiros, Escañói, Fonte Ambroa, Graña, Lambre, Laméstrega, Lapido Moreira, Tiulfe, Valmarín, Vilar da Viña y Vilarciá.

El nombre de Ambroa, investigado ya por Moralejo Laso en su obra «Toponimia gallega y leonesa», tiene términos parejos en otros puntos de la geografía peninsular, tales como en Andoio, municipio de Tordoya (Coruña); y le considera derivado de «Ambrona», por lo que resulta idéntico a Ambrona (en Soria) y comparable a Hambrón (Salamanca) —con *h* falsa—; Ambrões, se repite dos veces cerca de Oporto, varias más en Francia e incluso Norte de Italia.

Esta parroquia que en su mayoría ocupa una planicie con altitud media en torno a los 260 m., declinando en perfil semicircular establecido por el propio río Lambre hacia el Norte y más notablemente hacia el NW, donde llegan a alcanzarse desniveles en acusada pendiente de hasta 150 m. sobre el cauce; estuvo hasta el año 1981 privada de unos dignos accesos que le permitieran fácil comunicación con el resto del municipio. Es con ocasión de la Concentración Parcelaria cuando ve transformada su geografía y más concretamente su infraestructura viaria, siendo algún tiempo después asfaltada la pista que le comunica directamente con la cabecera del partido judicial, partiendo de la carretera comarcal 640 de Betanzos a Villalba, en el lugar de Adragonte. Resaltamos este acceso dado que además de ser la mejor vía de penetración a la parroquia, representa el camino más directo para llegar al primero de los castros citados de «Casal do Mouro», justamente frente a las primeras casas de la aldea que llevan su homónimo. Intentemos, por tanto, un estudio más detallado de este primer recinto castreño.

CASTRO DE «CASAL DO MOURO».—Está emplazado en un promontorio como suele ser habitual a este tipo de habitáculos, de no demasiada altura respecto del área circundante y concretamente a 305 m. sobre el nivel del mar, lo que tampoco hace que desuelle sobremanera del resto del territorio.

Es, sin embargo, una atalaya de codiciado dominio visual sobre las riberas del Lambre y sus afluentes a modo de torrenteras, los regatos de Azureira y Lapido, riberas todas pobladas de espesa vegetación con predominio de pinares y eucaliptales que tienen de verdor aquellas acusadas vertientes.

En las proximidades del castro se encuentra otra aislada cresta montuosa, el coto de Cendá, que le supera en altitud, con 310 m., y que dista aproximadamente 1.200 m. del anterior. La panorámica que desde él se divisa es espléndida y no dudamos en imaginarnos a los aguerridos vigías de Lámbrica asomados inefablemente sobre estas atalayas en prevención de posibles incursiones enemigas hacia su hábitat.

MEDIDAS.—El Castro por sus dimensiones podemos calificarlo de pequeño en comparación con otros de este contorno. Sus medidas son:

Norte — Sur, 85 m.

Este — Oeste, 41 m.

Según estas dimensiones, su «croa» es considerablemente ovalada.

DEFENSAS Y PUERTAS.—La defensa podemos considerarla única y con avanzado deterioro, hasta el extremo de que en algunos puntos ha desaparecido, quedando al mismo nivel de la cumbre. Este caso de interrupción del muro defensivo se da, por ejemplo, en su perímetro Norte y Oeste, donde se desmorona el parapeto, dejando paso a un escalón en plano más bajo que se extiende con un ancho, aproximadamente, de 6 m. para precipitarse luego sobre el liviano talud exterior.

No se aprecian vestigios de parapeto desde el interior de la «croa» con excepción de la banda Sur donde se conserva con medida muy exigua en torno a un metro de prominencia.

En cuanto a la puerta, debió de ser también única a la vez que de pequeña factura y está orientada hacia el Sur. El camino actual, que por deducción del análisis del terreno quizá fuese el primitivo, asciende con suavidad virando a derecha en la entrada.

OBSERVACIONES.—A simple vista, el castro de «Casal do Mouro» no parece alzarse como un gran baluarte defensivo, al menos por su cara Este, donde llega a alcanzar unos 20 m. de pendiente. Es, sin embargo, asomados desde la cumbre y mirando hacia el Norte, cuando adquiere una mayor sensación de inexpugnabilidad, pues allí el talud se proyecta monte abajo con más de 38 m. de caída. Precisamente esta pendiente es recorrida en un buen trecho por un muro de mampostería más reciente, cuyo objeto

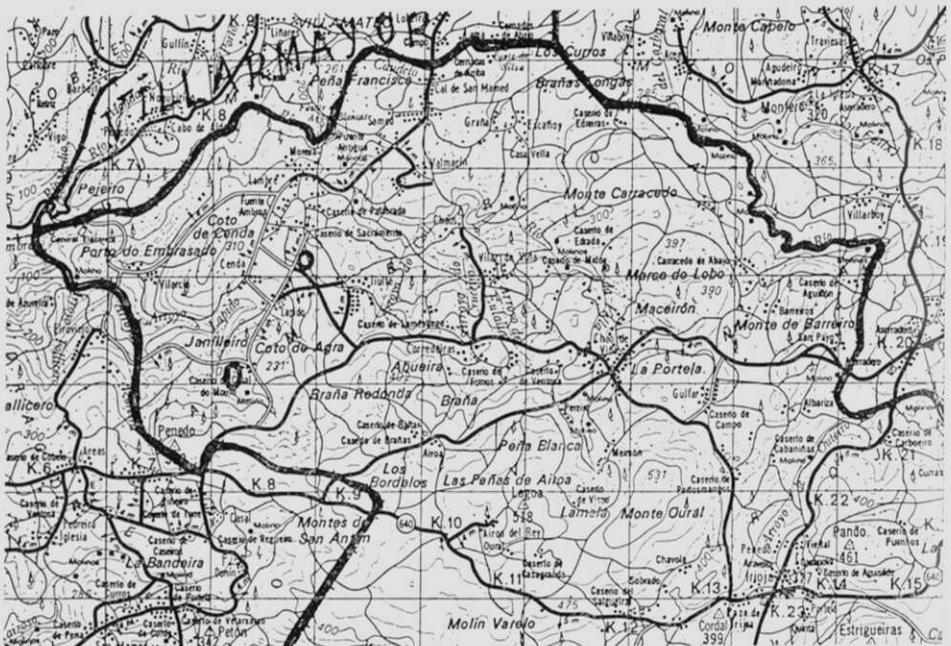
MUNICIPIO DE IRIXOIA



Emplazamiento de los castros celtas:

- (1) Castro de Casal do Mouro.
- (2) Castro da Graña.

Planos de situación (arriba) y detalle (abajo); mostrando el emplazamiento de los dos castros.



parece centrarse en la simple división de propiedades.

Si la defensa de todo el hemicastro Oeste parece estar perfectamente conseguida, gracias a la propia configuración del terreno, no lo estaría tanto la banda Este, donde se ha recurrido a la construcción de un pequeño antecastro en el pie de monte orientado al Nordeste y justo al final del talud.

Por lo que respecta a la «croa», su interior declina hacia el Norte y Noroeste, curiosamente al lado contrario a la puerta, lo que facilitaría el drenaje del interior, si bien es cierto que en este caso, de no existir parapeto en estos puntos del Norte, el problema estaría igualmente resuelto.

Al caminar por su interior se aprecian las irregularidades del suelo motivadas por las numerosas rocas grandes que afloran de la superficie, alguna de las cuales tiene su lomo ahondado de cazoletas.

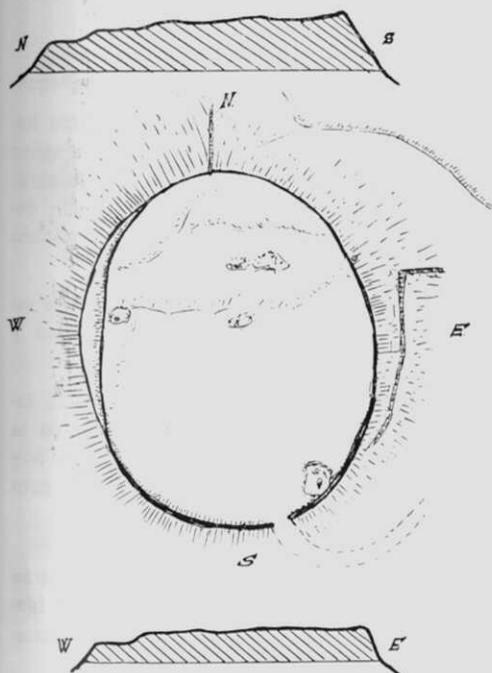
Muy próximo al castro pasa un pequeño arroyo conocido entre los lugareños por «O regato do Tesouriño», cuyo pequeño caudal sirvió durante mucho tiempo como fuerza motriz para un molino que allí funcionaba y que en la actualidad se encuentra sumido entre los zarzales. (Foto 1).

Las gentes próximas al castro recuerdan haber encontrado pequeños hallazgos en piedra en las fincas lindantes, del tipo de «fusaiolas» y porciones de molinos de mano; sin embargo, nadie recuerda conservarlos.

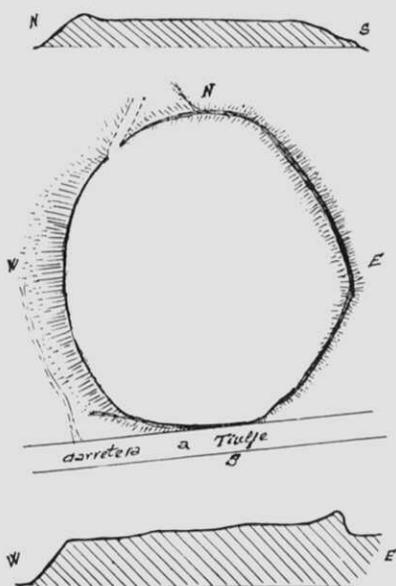
«O CASTRO». Emplazamento.

También conocido como «O Castro da Graña», se encuentra enclavado en medio de tierras de labor, quedando como único altillo poblado de monte que se destaca sobre la llanura, no tanto por su altura, antes bien por el talud que en una de sus bandas es muy acusado. Muy próximo al lugar de la Graña (iglesia), puede pasar inadvertido para el visitante o simple curioso por su espesa cubierta forestal.

CASTRO DE CASAL DO MOURO



O CASTRO DA GRAÑA



DEFENSAS Y PUERTAS.—Lo que representa el muro defensivo, con existencia de parapeto y talud exterior, se mantiene aunque difícilmente observable por mor de la tupida cubierta de tojos a lo largo, aproximadamente, de una mitad de su circunferencia; de ahí que lo distingamos sólo en la mitad Este del recinto. Es además, única, no existiendo indicios de que haya estado reforzado con más líneas defensivas, no existiendo ni siquiera fosos.

A semejanza de su vecino, el castro de «Casal do Muro», en la parte de la «croa» que no dispone de parapeto, el suelo del interior termina allí directamente en el talud, correspondiéndose precisamente este sector con un talud más acusado, zonas Oeste y Suroeste, con unos 13 m. de desnivel.

Por el contrario, en el Este y por necesidades defensivas, el muro se alza visiblemente con unos 3 m. de parapeto y poco más de talud exterior. En consecuencia, podríamos afirmar que no da la impresión de un castro por su parapeto sino por su talud exterior.

La composición del muro es la habitual, tierra amontonada con cachote de relleno, en este caso de granito y esquistos pizarrosos; más abajo la base es de mole granítica como se aprecia en el Sur donde el trazado de una carretera erosionó parte de la defensa, dejando la piedra al descubierto.

Posee una sola puerta orientada al Norte, que accede al castro por la parte en que la pendiente es más liviana; ataca, pues, el recinto faldeando el ligero talud. Deducimos que haya sido única, ya que el entorno del castro por su elevación no permitiría el acceso más que por esta banda. La defensa muere hacia la puerta sin jambas prominentes; diríamos, para ser más exactos, que a su mismo nivel.

MEDIDAS.—Castro todavía más pequeño que el anterior, tiene las siguientes dimensiones:

Eje Norte - Sur, 74 m.

Eje Este - Oeste, 65 m.

Altura talud en el Oeste, 13 m.

Altura parapeto en el Este, 3 m.

Sigue, por tanto, manteniéndose la estructura oval inherente a los castros gallegos.

OBSERVACIONES.—El interior es bastante llano, pero declinando en su conjunto hacia el Sur y Suroeste. El hecho de que posea taludes de muy distinta envergadura viene dado porque el terreno a ambos lados del castro está a distinto nivel, como puede apreciarse en el esquema (corte E-W). En estos momentos resulta difícil la observación detallada de una mitad de la «croa», por estar cubierta de altos tojos que hacen complicada cualquier apreciación en ella.

Situado en medio de tierras de labor, es el único monte arbolado que resalta en esta amplia zona de agras. Como queda dicho, no se aprecia la existencia de fosos y el terreno continúa su horizontalidad a partir del talud.

En el apartado de hallazgos, reseñar tan sólo un molino de mano que apareció levantado por el arado en una finca inmediata y se conserva en una casa al lado de la iglesia. En las inmediaciones del castro, en «A Torre», existieron «medoñas» que hoy aparecen violadas, una de ellas aun no hace muchos años, por un vecino de Tiulfe para hacer de ella zona cultivable.

Una vez hecho el anterior estudio de estos castros, deberíamos anotar algunos otros detalles que obligan a contemplar a tales recintos castreños dentro de un contexto histórico y que contribuyen desde todo punto a hacerles acreedores también a los avatares irradiados de ese hipotético emplazamiento de *Lámbrica* en tierras de Ambroa.

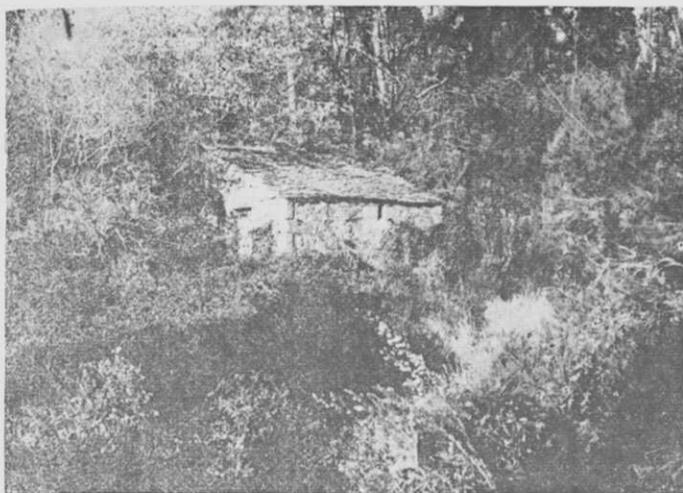


Foto 1.—Molino de «Casal do Mouro», próximo al castro.



Foto 2.—A «Pena de Paraxos», que «abala».

Lámbrica, tan traída y llevada aquí o acullá por distintos investigadores, se nos ofrece aun hoy como algo ciertamente indeterminado por lo que respecta a su ubicación en las riberas del Lambre. Muchos eruditos se han mostrado coincidentes en esta afirmación, mas ninguno de ellos, en suma, ha aportado datos suficientemente convincentes como para testimoniarse de una vez su emplazamiento. Parecen entonces la etimología y la propia toponimia de los lugares, la única base de razón para tales aseveraciones; es el caso por ejemplo de don Salvador Golpe en su obra *Lámbrica* quien, con buena dosis de romanticismo y obsesivo naturalismo, nos conduce hasta Ambroa en una búsqueda de la volátil *Lámbrica*.

Lo que parece natural es que cuando nuestros aborígenes celtas pasaron de la humilde condición de tribus errantes a la de pueblos sedentarios eligiesen como sitios predilectos para edificar sus moradas los más fértiles, más amenos y de dulce clima y, desde luego, próximos a la orilla de los ríos. En ese caso podríamos suponer que un importante núcleo de población céltica se estableciese en las abundosas riberas del Lambre, al igual que en otros lugares ha sucedido.

Volviendo la página de las etimologías, *Lámbrica* o *Lámbriga* significaría, según unos, en lenguaje céltico: «ciudad de la tierra» y, según otros, derivaría del vasconce que quiere decir «bruma»; el hecho es que estos vocablos han llegado hasta nosotros transmitidos por vía oral, sin notable alteración y que a lo largo del curso medio-bajo del Lambre se conservan dos lugares que mantienen ese topónimo: «Ponte de Lambre», próxima a Ponte de Porco, en la desembocadura del río y la aldea de Lambre en la misma parroquia de Ambroa. ¿Podría ser éste el emplazamiento de la primitiva *Lámbrica*? La incógnita sigue quedando en el aire.

Y junto a la tradición debemos añadir los hechos, éstos referentes a que en tiempos muy remotos existió a orillas del Lambre una ciudad desconocida y aun hay quien afirma que allí el arado levantó restos de antiguas edificaciones. De largo, pues, le viene a *Lámbrica*, Lambre y Ambroa, su secular tradición histórica cuando ya nuestros antepasados neolíticos perpetuaron aquí sus vivencias como lo demuestra el hecho de que por los años treinta y con motivo de la construcción de un canal para derivar el agua del Lambre hacia una central hidroeléctrica, fue descubierto y poco tiempo después destruido un extraordinario ejemplar de dolmen o «medoña», que, según los escasos datos verbales de que se dispone, podría contarse como uno de los mejores de Galicia, con la particularidad de poseer pinturas en el interior de sus antas que sirvieron de escombros para la cementación del canal. (Foto 4.)

No parece ser éste un túmulo aislado, ya que en la planicie que domina la parroquia de Ambroa, aun hoy pueden observarse respetables túmulos dolménicos o «medoñas», una de las cuales fue, como dijimos, abierta y arrasada por un vecino, a fin de ampliar la superficie cultivable en una leira de su propiedad sita en el lugar de «a Torre», entre Lapido y Tiulfe.

Asimismo no lejos de dicho canal y en las proximidades del castro de «Casal do Mouro», motivo del presente trabajo, apareció en un pequeño escondrijo bajo unas rocas, un depósito de 16 hachas de tope en bronce, de las que don Francisco Vales Villamarín se ocupó en un exhaustivo trabajo publicado en 1972, de las que sólo se conservan dos, pues el resto fue a parar a la forja de un herrero de Areas para su fundición. Dos de estas hachas, según expresión del citado señor, vinieron a Betanzos traídas por los propios muchachos que las encontraron, a la sazón alumnos del primitivo Instituto de Bachillerato de Santo Domingo y entregadas a un profesor del centro, quien se las trasladó al señor Vales, permaneciendo hoy como depósito en el museo de la Real Academia Gallega. (Foto 3.)

Estas hachas, que tras el pertinente análisis químico realizado en el Centro Nacio-

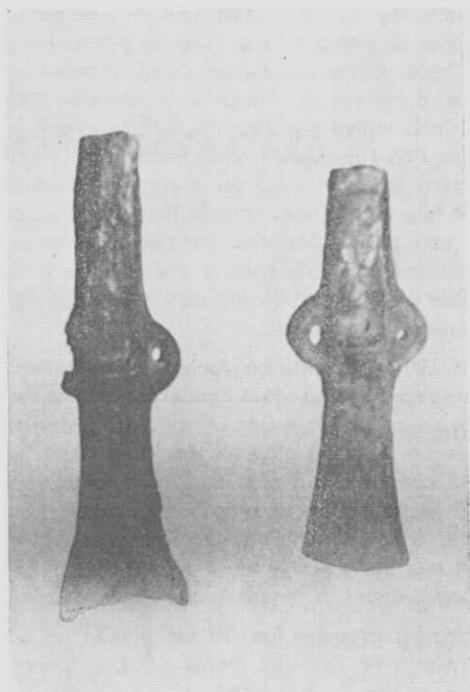


Foto 3.—Hachas de tope aparecidas en Ambroa.



Foto 4.—Río Lambre y canal para el cual un dolmen sirvió de escombro en su construcción.

nal de Investigaciones Metalúrgicas de Madrid, denotan, en su composición, cobre, plomo y estaño, concretamente el plomo en una elevada proporción que no suele ser habitual en otras áreas, nos hace pensar que hayan sido fabricadas en estas mismas tierras de Ambroa, aprovechando, como no, el estaño de la comarca brigantina y, desde luego, pensadas con un carácter más votivo que de mero utillaje. Viene igualmente a corroborar esta idea el hecho de que don Luis Monteagudo encontrara al otro lado del Lambre, en tierras de Villarmayor, pero no muy lejos del escondrijo de las hachas, un molde de esteatita (una sola valva) que muy probablemente haya pertenecido a esta fábrica.

No quisiera finalizar este periplo histórico por tierras ambroesas sin aludir, haciendo un paréntesis de matiz puramente etnográfico, a ese puñado de creencias, decires o situaciones que suelen estar en la mente de los mayores y que las jóvenes generaciones a veces ignoran su verdadera idiosincrasia.

Por ejemplo, a quien se le pregunte en Ambroa por la «Pena de Paraxos», sin demora nos guiará hacia una roca situada en un monte próximo al castro de «Casal do Mouro», unos 400 m. al Norte de aquél y que tiene la propiedad de «abalar» o sea balancearse cuando es sometida a un pequeño empuje. La imaginación popular va más lejos y hay quien afirmaba antiguamente oír el sonido de una gaita gallega durante el tiempo «que a pena abalaba». El hecho es que la erosión y el propio hombre han dejado allí su huella y lo que en otro tiempo fuera una gran roca, hoy se encuentra escindida con calbagamiento en quilla de una de sus mitades y expuesta, por tanto, a cualquier oscilación provocada. En su lomo aparecen también las típicas cazoletas. (Foto 2.)

Muy cerca de la iglesia parroquial fue hallado antaño un sepulcro antropoide que se conserva, aunque para otro fin bastante dispar del que fue concebido, primero abrevadero y ahora como lagar, en una casa que goza de cierto rango establecido por el hecho de haber sido morada de religiosos y por su misma factura con portada de dintel, capilla (convertida en establo) y amplia chimenea almenada.

También una creencia popular entroncada con la superstición era de antiguo la referente a una fuente de la «infertilidad», donde no se dejaban beber los animales bajo el temor de que animal o humano que de aquella agua bebiese no tendría descendencia. Sin embargo, por más que investigamos su emplazamiento no conseguimos dar con ella; las referencias apuntan hacia esta área estudiada en los alrededores de la iglesia parroquial.

Finalmente, en cuanto al topónimo Ambroa hay quien dice ser bautizada así por cosecharse allí mucha «broa», pan de maíz.

De todos modos, estas denominaciones de «Lambre» y «Ambroa» han llegado hasta nosotros transmitidas oralmente, de generación en generación, en una larga sucesión de siglos y esta tradición oral, no interrumpida ni alterada, es como la voz de nuestros antepasados que nos habla desde el rumoroso lecho de los ríos, desde las quebradas de los frondosos valles y desde las fragosidades de las montañas repitiendo los nombres de los sitios por ellos tan amados.